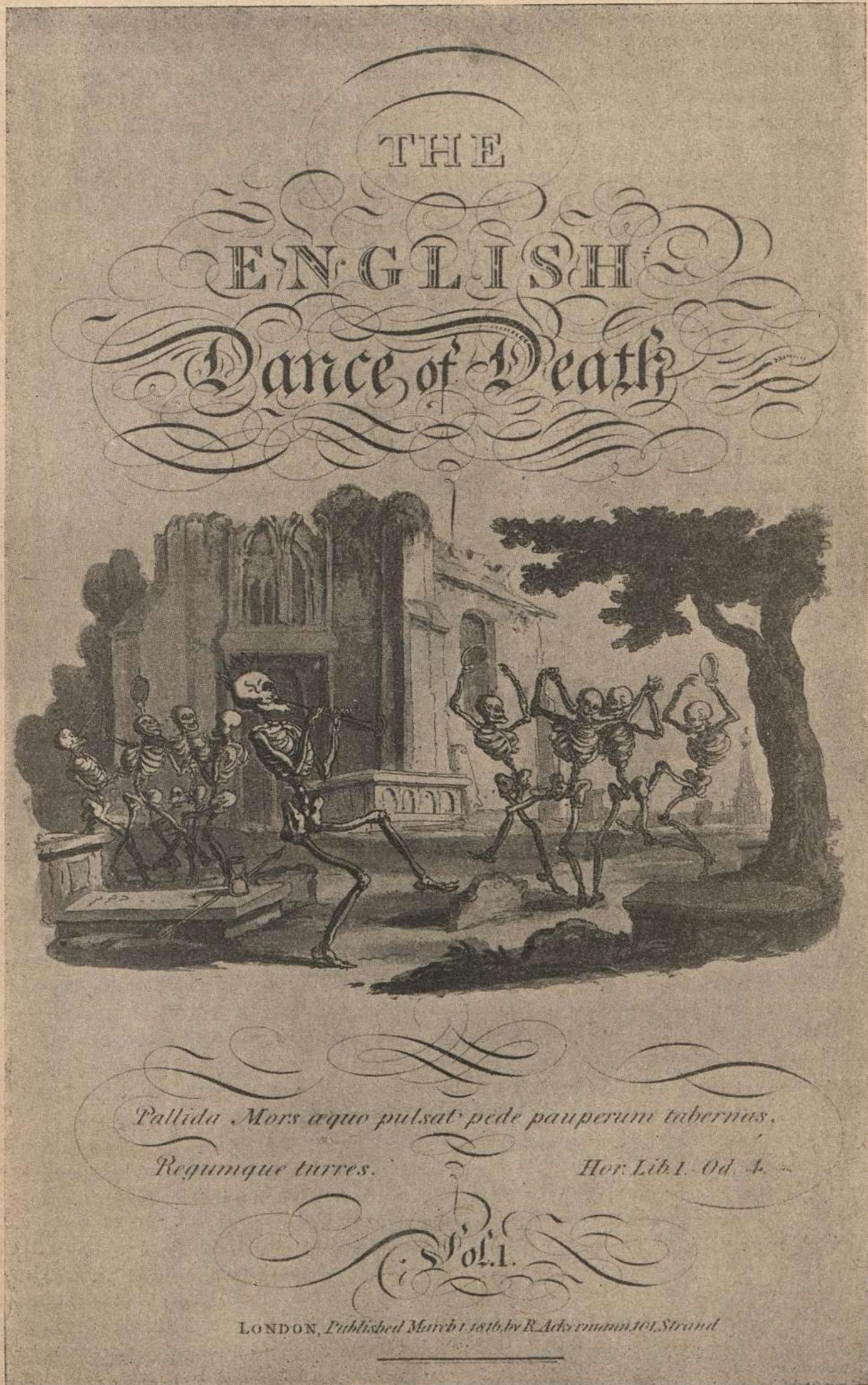


# REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

ADMINISTRADOR: G. DE LA PEÑA.



## 14 DE JULIO.

El día es esperado ansiosamente. Lo aguardan con jubilosa impaciencia la modista vivaracha que pasa el año ajustando moños y listones y abriendo alas rígidas de pájaros diminutos, como la pobre Zizi de Daudet; el humilde *calicot* que vende telas con la sonrisa estereotipada en el rostro bonachón; el rubio cantinero que se adormece á la hora de la siesta, pensando en el país lejano. Lo aguardan todos los franceses, para quienes trae banderas tricolores y farolillos de papel encarrujado, la kermesse bulliciosa con su aguacero de confetti, el baile loco, las vibrantes notas de la Marsellesa y las alegres salvas del champagne.

Cuando el 14 de Julio llega, las calles se empavesan, el viento une los estandartes galos y los mexicanos, flamean ebrios de gusto los gallardetes y un regocijo unánime hace resonar ruidosamente los cascabeles de la alegría. Mimi Pinson salta del lecho muy de mañana, ágil y coqueta, va por el boulevard hollando apenas el asfalto; el robusto *barcelonnette* endosa su mejor traje y prende en el ojal la roseta de amados colores; el buen burgués olvida el Debe y el Haber y se encamina á la fiesta y todos los que están lejos de su tierra se agitan, bullen, se reúnen al conjuro del recuerdo, se mezclan á la evocación de una sola palabra: Francia.

\* \*

Nosotros también te amamos ¡oh Francia! Nosotros también, hijos tuyos por el espíritu, comulgamos con tus ideales y unimos nuestros corazones en una palpitación única á tu gran corazón maternal.

¡Cuán grande y noble eres! Tienes la riqueza de tu territorio ubérrimo. Tienes la Costa de azur que el mar besa como un gigante enamorado; la Provenza con sus grandes olivares y sus vastas landas perfumadas por la mejorana, el país dorado de los félibres y la farandola; la Normandía con sus agrias campiñas y sus terrenos desolados; la Borgoña y la Champaña con sus viñedos que tan generosa saugre sudan. Tienes Marsella, que es un gran almacén conocido por los buques de todas las naciones; Lyon, que es una fábrica; Brest, que es un fuerte formidable; Orleans, que es la cuna de la heroica doncella... París, el cerebro y el corazón del mundo. Tuyas son la gentil Mireya provenzala, la bretona de tocas albeantes, la parisiense voluble y adorable, y tuyas son también, á pesar de todo, la sonrosada alsaciana y la rubia loresna, que desde lejos te llaman, viendo correr las ondas del viejo Rhin, que se lleva entre turquesas los diamantes de sus lágrimas.

Tu leyenda es un solemne bosque sonoro agitado por todas las ráfagas de la gloria. Por tu histo-

ria pasan Clodoveo blandiendo el hacha de armas; Carlo Magno, el viejo emperador de la barba florida, empuñando el cetro del universo; San Luis el Piadoso; Francisco I, el rey galante de Rambouillet; Enrique IV, el bearnés hugonote; Luis XIV, el Rey-Sol... Napoleón Primero viene de las arenas egipcias y de las estepas rusas, con la frente empapada en la luz del sol de Austerlitz y al redoblar de los tambores de Arcole... Luego, en medio de la gran sombra trágica del desastre, se retuerce en el potro de «Los Castigos» el hombre funesto de Sedan... Cae Carnot bajo el puñal homicida para ir á dormir junto al gran convencional; un mal extraño fulmina á Félix Faure, y en las postrimerías del siglo agonizante convocas á todos los pueblos de la tierra y tu figura inmortal ¡oh Francia! llena el horizonte.

Eres la fuerza. En tu Arco de Triunfo han detenido el vuelo las Victorias, como águilas epopéyicas. Tu bandera conoce los terrenos malsanos del Tonkin y tus clarines han sido oídos por las bárbaras negradas de Madagascar. En tierra eres Turana, Condé, Bonaparte; las ondas encrespadas te llaman Yurcouf, Juan Bart. Eres también el espíritu. La risa de Rabelais se reproduce terriblemente en los labios delgados de Voltaire. El siglo de oro abre un nuevo camino al pensamiento, y la enciclopedia levanta sobre escombros el culto del Bien y la Verdad. Hugo suelta á volar sus estrofas y pulsa una gigante lira homérica que el mar oye estupefacto al azotar la isla de Guernesey. Tu lengua amplía y sonora traduce todas las voces, recorre la gama entera de la pasión en las épicas clarinadas, en las sonatas líricas, en los trágicos cantos de tu poesía.

La gracia es tuya. Tienes el *esprit* y el *calambour*, dos flores del asfalto. La alegría bulle en las canciones de Beranger, se prende como una mariposa de colores en el tocado de la señorita Columbina, alumbra el rostro enharinado de Pierrot. La agudeza de ingenio frecuenta tu Moulin Rouge y tus cafés conciertos, salta en la carcajada de Yvete Guilbert, asoma la cabecita rubia en los *couplets* populares.

Todo lo tienes: fuerza, espíritu, belleza, gracia. Pasaste por el incendio heroico de la Gran Revolución, por las angustias sordas del 70, por las sinietras llamaradas de la Comuna, por las ondas acerbas del asunto Dreyfus, por todas las pruebas y todos los sacrificios, y ni la roja locura del 93, ni las guerras extranjeras, ni las criminales revueltas intestinas, ni el mercantilismo encanallado, ni la tea humeante de la anarquía; han podido amenguar tu prestigio, empañar tu gloria, debilitar tu fuerza.

¡Ave, madre del verbo latino! á tí van nuestros espíritus como á la fuente de la juventud eterna,

como al astro del arte inmortal y de la belleza que no acaba.

\* \* \*

Ha llegado el 14 de Julio, la fiesta de la libertad; ha llegado el día glorioso para la gran nación. En algún almacén francés vemos una bandera; oímos en un fonógrafo callejero un trozo indistinto de la

Marsellesa; contestamos al paso el rápido *bonjour* de un amigo, y—cosa extraña—esos colores no son los de nuestro país, ese himno no es el nacional, esa lengua no es la nuestra, y sin embargo sentimos como que el corazón late con alegría, como que el alma se ensancha, y que de todo nuestro sér sube á los labios este grito de devoción amante: vive la France!

FRANCISCO M. DE OLAGUÍBEL.

---

## SONETINO.

(DE UN LIBRO PARA ELLA).

---

Alba en sonrojos  
tu faz parece;  
no abras los ojos,  
porque anochece!

Cierra, si enojos  
la luz te ofrece,  
los labios rojos,  
porque amanece!

Sombra en derroches,  
luz, sois bien mías!  
Ojos oscuros,  
muy buenas noches!  
Labios maduros,  
muy buenos días!

AMADO NERVO.

---

## LOS PROSISTAS INGLESES.

---

El hombre del día entre novelistas y cuentistas, es sin discusión Rudyard Kipling, poeta á ratos, y uno de los que cantan más alto y más violentamente los derechos sagrados de Inglaterra, de asegurarse *per fas et nefas* el imperio del mundo.

Después de los *Livres de la Jungle* ha publicado uno nuevo, que contiene historias que valen tanto como las anteriores; hay una: «El Milagro de Purun Bhagat,» que llega á esas alturas filosóficas en que de la serenidad suprema emana la suprema emoción. También se ha dado al público francés una novela de aventuras indo-yanquis, escrita en colaboración con W. Balestier y titulada «La Naulahka.» El interés de esta acción exótica, viva, original y poderosa, no implica verosimilitud alguna; es una novela en el viejo sentido de la palabra, es decir, una construcción extraordinaria hecha por la imagina-

ción en el dominio de la fantasía, con los elementos de la vida real.

Mme. Charles Laurent, que es la traductora al francés, le ha conservado su verdadero carácter. Pero si en estos diversos libros tenemos á un Rudyard Kipling, enamorado de la fuerza moral apoyada en la fuerza física y en comunión con las energías de la animalidad, ya no es el Rudyard Kipling campeón del imperialismo, inglés sectario de la fuerza al servicio del Estado, *paramount* dándose por misión ó creyendo haber recibido de lo alto, la de aguzar los colmillos anglo-sajones y decirle á su país, como el Diablo á Cristo:

—Ahí está el mundo, tómalo y devóralo, es tuyo.

Tampoco bajo ese aspecto familiar á los lectores de revistas y *magazines jingo*, es como se muestra ahora en su reciente libro *Stalky y Comp.* Pero es

peor y así lo comprendo. Los héroes de esa serie de narraciones independientes unas de otras, pero explicándose, completándose y formando un todo, son tres jóvenes de una escuela militar inglesa, que pierden su tiempo en jugar bromas pesadas á sus camaradas y á sus maestros, y así es como hacen su aprendizaje de conquistadores, de exploradores y de opresores. Saben, por otra parte, someterse á la autoridad armada de un poder superior, y como no tienen más regla moral que la fuerza, están igualmente listos para someter ó para ser sometidos. Ese es el tono de la escuela, el director se conduce de la misma manera; fustiga á los alumnos que sabe son inocentes y así se los manifiesta; y ellos se someten, porque comprenden que más tarde, en la vida, en situaciones análogas, sentirán el derecho de hacer otro tanto.

Pero fuera de las abominables doctrinas que sostiene, Rudyard Kipling es un escritor de infinitos recursos; el espíritu de los animales, el alma de los niños, los sentimientos y la inteligencia de los exóticos, los aspectos de la naturaleza bajo distintos climas, la técnica de artes y oficios, el argot y la jerga, todo lo sabe y lo reproduce todo con la claridad y el vigor que ninguno hasta hoy había empleado en campo tan vasto.

Menciono de memoria y para recordarlo á los lectores, á Henry James, americano á quien millares de sus lectores ingleses creen compatriota. Ya le encontraremos nuevamente al ocuparnos de la producción literaria en Estados Unidos.

Un autor más joven que James y que es casi tan popular en América del Norte, como en la Gran Bretaña donde nació, es Israel Zangwill, que acaba de publicar otro tomo de escenas de la vida judía, con el título de «They that walk in darkness» (Los que caminan en las tinieblas).

Alumno de la escuela judía gratuita de Spitalfields, en Londres, después empleado de la misma escuela, Zangwill obtiene el título de bachiller con mención y medalla de oro á los veinte años en la Universidad de Londres. Después ha publicado varios libros de diversos tonos, pero inspirados siempre, ya en sus pruebas personales como en «The Master» (El Maestro), ya en las costumbres y en las condiciones de vida de su raza como en sus numerosas narraciones del Ghetto. Por doquiera extiende las cualidades de observación y de descripción minuciosas y agudas que le son muy particulares y que no dejan de admirarse, aun cuando llegan á cansar. Quizá su sentido de artista, muy desarrollado, pero poco sometido á la medida, le advertirá que ya es tiempo de buscar otro filón.

Henry D. Davray, que tradujo tan fielmente «La Máquina para explorar el Tiempo» (The Time Machine), de un escritor hábil para construir en los hechos y las hipótesis de la ciencia contemporánea fábulas que dejan muy atrás las aventuras más audaces del buen Julio Verne, no ha de molestarse porque tome yo su juicio sobre H. G. Wells á quien conoce mejor que nadie y de quien se publicó en *El Mercurio de Francia* la extraña ficción titulada «La Guerra de los Mundos ó la invasión de la Tierra por los habitantes de Marte.»

«Parece, dice, que Wells pasa su vida en imagi-

narse lo que sucedería si repentina ó progresivamente las leyes de la naturaleza se cambiasen, y siempre con tendencias á visiones terroríficas y siniestras.» Y le compara, no sin razón, á Edgard Poe y á Villiers de L'Isle Adam, á quien supera en conocimientos científicos y en *humour*. Esta apreciación se aplica admirablemente á los dos libros nuevos de Wells: «Cuando el durmiente despierte,» (When the Sleeper wakes) y «Narraciones del Espacio y del Tiempo.»

El segundo es una colección de novelas cortas en la que hay una verdadera obra maestra: «The Star» (La Estrella); es un astro que se ha perdido en el espacio y que se encuentra con la Tierra. La curiosidad más y más ávida de los pueblos de nuestro globo, está pintada con una intensidad de emoción de gran efecto, hasta la última noche en que «por todas partes el mundo estaba despierto y de un extremo á otro de la cristiandad, un murmullo sombrío flotaba en el ambiente penetrante de las campiñas, como el zumbido de las abejas en los matorrales; y ese murmullo tumultuoso se convertía en clamor en las ciudades. Era el doble funerario, tocado en un millón de torres y de campanarios, convocando á los pueblos á no dormir ya, á no pecar más, sino á reunirse en las iglesias y á orar. Y por encima de las cabezas, aumentando en tamaño y en brillo, mientras que la Tierra seguía su camino en el espacio y que la noche pasaba, se levantaba el astro deslumbrador.»

La otra es una obra de mayores proporciones en la que Wells describe Londres tal como lo ve en el Siglo XXII; la descripción del París á fines del Siglo XX, debida al maravilloso Robida, puede darnos una idea. Dudo mucho que Wells crea en las profecías que tanto prodiga; pero si cuando «El Durmiente despierte» el mundo debe ser presa de combates de aerópilos y aeroplanes, echará de menos nuestros acorazados y nuestros trenes blindados de hoy. Y como dice un crítico: el cuadro que Mr. Wells nos presenta de la vida de nuestros tataranietos, es de tal naturaleza, que la época presente nos parece dulce, y benéfica nuestra próxima muerte.

Un hombre, ó bien una firma digna de mención, como la etiqueta de un verdadero talento que comienza á revelarse, es *Zack* (seudónimo de miss Keats), nombre que acaba de aparecer en un nuevo libro titulado «Al Ensayo» (On Trial).

Este ensayo es un triunfo. Es la historia de un soldado que se rescata del servicio con el dinero robado á su tío por su buena amiga. El hombre es cobarde y deja acusar á su prometida antes que decir que él es quien aprovechó el dinero. Una carta que pierde y que cae en las manos de un miserable, puede dar á conocer la verdad al tío, viejo labrador honrado y recto que lo desheredará; pero Febe, su pobre víctima, se sacrifica una vez más y encuentra la manera de rescatar la carta acusadora. Todo esto es muy poco complicado, pero la pintura de los sentimientos y de los caracteres, las descripciones del paisaje, la sobriedad y la veracidad de los diálogos, hacen de esta cosa tan sencilla, una obra muy notable. La mujer que ha escrito esas pá-

ginas es un escritor de raza y tiene todas las cualidades de un buen novelista.

Walter Reymond no está en sus comienzos, pero es joven y acaba de publicar dos libros: *Two men of Mendip* (Dos hombres de Mendip) y *No soul above money* (No hay alma por encima del dinero), que por el encadenamiento lógico y natural de los acontecimientos, la verdad de los caracteres, la riqueza de las descripciones y el cuidadoso y feliz estilo, anuncian la madurez de su talento. La vida, las costumbres, el espíritu del aldeano inglés de hace cien años, se encuentran allí al natural, y los sentimientos de amor y de odio, lo mismo que los actos generosos y los crímenes que hacen cometer, pertenecen á todas las épocas y están presentados de tal manera que conmueven.

Cuántas narraciones notables por sus calidades de fuerza ó de dulzuras de realidad y de fantasía, de sencillez ó de complejidad ingeniosa, tendría que analizar aquí. Apenas si puedo mencionar algunas. Ya es la novela de tendencias comunistas, titulada: *Ashes of Empire* (Cenizas del Imperio) por R. W. Chambers, á quien se debían ya, entre otras obras, una relación conmovedora de la época de la guerra franco-prusiana, y publicada con el sugestivo título de Lorena; ya es la «Confusión de Camelia (Confounding of Camellia), libro en el que Miss Anne Sedgwick supo dar tanto encanto á la vida doméstica; «El Espejo del Rey» (The King's Mirror), de Antony Hope, artista enamorado de su arte y á quien no ha echado á perder su creciente popularidad. «La muchacha de las naranjas» (The orange girl), de Sir Walter Besant, y «El Juego de la Bujía» (The Game and the Candle), de Miss Broughton, libros de agradable lectura y dignos de la reputación de sus autores; las preciosas «Novelitas de Italia» (Little Novels of Italy) de Mauricio Hewlett, poeta delicado y cuentista encantador; el idilio exquisito de forma é inspiración tan fresca, que Mr. Arthur Morrison titula «Hacia la ciudad de Londres» (To London Tower); «Un Inglés», por Miss Pandered; «Julián el Soñador», de Neil Munro; «El Esclavo», de R. S. Hickens; «Los Opresores Muertos» (Dead Opressors), de Thomas Pinkerton; «Swallon», episodio del éxodo de los bóeros en 1836, por Mr. Rider Haggard, autor de «Jess», novela sud-africana; las dos obras de A. E. W. Masson, «Miranda en el Balcón» y «Los Vigilantes», un hermoso libro cuya acción pasa en Nápoles y que Benjamin Swift, puebla de caracteres vivientes y llama «La Ciudad Sirena»; la colección de novelas cortas que Miss Fina Macleod titula «El Dominio de los Sueños.» Pero se necesitaría citar todo un número del *Journal de la Librairie*, para registrar las obras publicadas durante un año y que merecen ser leídas.

Me veo, pues, obligado á detenerme únicamente en aquellas que se leen y que por sus propios méritos ó por felices circunstancias, han alcanzado éxito. «El Joven Abril», de Egerton Castle, agradó á todo el mundo y es un éxito justo, porque la novela es interesante y está bien hecha y bien escrita.

Un joven impaciente, bajo la tutela de un tutor estorbo, sabe que hereda un título de duque y

una gran fortuna. Hace á un lado al tutor y corre la legua en compañía de una cantante italiana de quien se hace postillón y de quien se convierte en amante por medios violentos.

«¡Oh, dijo el duque, que bella es usted!»

Le estrechó el talle y le plantó un beso en plena boca.

La dama no gastó su energía en gritos ni protestas; pero la palma de su mano cayó abierta sobre la mejilla del joven, con el ruido de un pistoletazo.

De aventura en aventura el joven duque llega á una capital, á la corte de un príncipe indulgente y aficionado á duelos y á nobles amores, y treinta días después de su primera escapada, en los momentos en que va á cumplir con los deberes que le impone su condición de gran señor, se apercibe de que la vida no le ha dado ni le dará nada más de lo que ha adquirido durante ese mes de Abril: el recuerdo de alegrías fugitivas, la sensación lejana de un beso cogido en labios idealizados, algunas líneas de tinta ya pálida y una flor seca que se marchita entre sus dedos.

Un periodista muy de moda en Londres, Ricardo Whiterdng, consagra sus raros ocios en escribir sin apresuramiento, con el cuidado que se concede á un *labour of love*, alguna novela que, al azar de su fantasía, conduce al lector, ya á los hermosos países de la utopía, ya á las sombrías y desoladoras regiones de la peor realidad. Hace once años que escribía «La Isla» (The Island), donde en un cuadro imaginario y encantador, hacía evolucionar una sociedad como él la sueña y como no existe. Hoy encontramos algunos personajes de «La Isla» en su nueva obra titulada: «Nº 5 John Street.» Un hombre muy rico deja esa isla para venir á estudiar las leyes, las instituciones, las costumbres y la vida social de la metrópoli. Y al apercibirse bruscamente que su riqueza le impide penetrar los por abajos de la civilización, se condena á vivir, durante el tiempo que necesite para verlo todo y comprenderlo todo, como un obrero miserable en busca de trabajo rudo y mal pagado. Y así es como nos introduce á antros de miseria, á los *slums* de Londres, donde junto á vicios y crímenes monstruosos, florecen también la amistad, el amor y la abnegación. La figura de Tilda, la ramilletera de las calles, evoca en mi recuerdo el de *la Gonaleuse* de Eugenio Sué; es una maravilla de frescura, de gracia, y digámoslo de una vez, de verdad, por excepcional que parezca en semejante medio. Low Coley, el filósofo de la vagancia y de la miseria; Seton Ridler, el propietario de la fábrica donde las obreras se envenenan con las emanaciones sulfurosas; Nanzia, la chicuela que muere simbolizando á todas las víctimas de las industrias, el anarquista, el millonario, son caracteres vistos de cerca y reproducidos con fiel vigor. El éxito de este libro está ampliamente justificado bajo el doble punto de vista del pensamiento y del arte, y este es un mérito bastante raro para un libro de gran éxito.

El público ha acogido con gusto también tres obras escritas por mujeres y de las que es preciso decir algo. Comenzaré por «El Vendedor de Pája-

ro» (the Fowler), de miss Beatrice *Harraden*, que podría deber en gran parte su popularidad presente al recuerdo que el público conserva de la preciosa novela que publicó en otra época, con el enigmático título de *Ships that pass in the night* (Buques que pasan en la noche). El vendedor de pájaros, Teodoro Bevan, es un bribón que encanta y atrae á las redes de su espíritu cínico y pérfido el corazón de las mujeres. El pajarillo que va á dejarse coger es una deliciosa niña instruida, entusiasta y tierna. Al fin, sin embargo, Nora ve las redes que le rodean y se escapa con un aletazo. Está bien hecho, un poco bizarro y sutil; pero demasiado ficticio y preparado para provocar la emoción.

La novela de miss Ellen Thorney Croft Fowler: *A Double Thread* (un hilo doble,) ha pasado ya de cincuenta mil ejemplares. Ha sido el libro de mayor venta en el año. Miss Fowler imagina á un joven pobre, llamado Jack Le Mesurier, á quien su tío legará una fortuna considerable si se casa con una mujer rica. Jack ama á Elfrida Harland, que goza de una renta de quince mil libras esterlinas y se hace amar de ella. Miss Elfrida tiene una hermana gemela, á quien no conoce, porque desde su más tierna infancia fué adoptada por un lord, su abuelo materno, que la tiene alejada de sus parientes pobres. Esa hermana que se llama Ethel, es una pobre institutriz. Jack la encuentra, siente que un amor nuevo viene á reemplazar al antiguo, y desdenando los millones de su tío y los de Elfrida, renuncia á ésta para hacerse amar de su hermana sin dote. Pero sucede que la verdadera Ethel ha muerto siendo muy chiquilla, y que Elfrida misma es quien se ha desdoblado para asegurarse si era amor ó codicia lo que guiaba á Jack Le Mesurier.

Esta historieta parece cuento, pero no es en la inverisimilitud de la invención en lo que miss Fowler busca y encuentra el éxito, sino en el talento que se le reconoce para el diálogo.

Es excelente haciendo hablar á la gente del gran mundo, y poniendo en sus labios á propósito de las banalidades ó de las pretensiones de que generalmente se ocupan, muchos rasgos de ingenio y epigramas.

Las personas del gran mundo se encantan al encontrarse en ese libro, más espirituales y maliciosas de lo que son en realidad, y los demás se deleitan en esas representaciones dialogadas de la buena sociedad, diciéndose para su colete, que ventajosamente formarían parte de ella, *si así son todas las dificultades que se presentan en ese medio.*

Por último, en Octubre de 1899, el libro de miss Mary Cholmondeley, titulado *Red Pottage* (Sopa ó potage rojo), ha sido acogido con gran entusiasmo y con aplausos que aún no se acallan. El potage que nos ha cocinado esta vez el popular autor de *Diana Tempest*, es una especie de *hotchpotch* humano, cuyo sazón final es un suicidio y ved cómo: Hugh Searlett es el amante de lady Newhaven, y en los momentos en que se desprende de ella, lord Newhaven se apercibe de la intriga y propone al seductor un duelo á la americana. Ambos juegan á quién deberá suicidarse en los cinco meses subsecuentes, y respetando la moral y las instituciones establecidas, la suerte escoge á Hugh Searlett por

víctima. Pero cinco meses es un espacio de tiempo muy largo y miss Cholmondeley se aprovecha para hacer desfilan ante sus ojos, toda una serie más ó menos confusa de personajes, unos simpáticos y otros ridículos ú odiosos; pero todos episódicos y que apenas están ligados con la acción. No por eso dejan de ser interesantes por sí mismos, y si el libro no es una obra maestra, es por lo menos una novela divertida, llena de felices detalles y de buenas páginas, á pesar de su falta de cohesión y de la inverosimilitud del punto de partida.

La ficción es verdaderamente, en nuestra época, la forma literaria en que mejor se reflejan las costumbres, el *tour d'esprit*, las ideas corrientes de un pueblo, así como también el talento individual y la fuerza de imaginación del autor. Por eso nos detemos largamente en ella; las demás producciones literarias, por muchos méritos que tengan y por útiles que sean, no exigen ser analizadas con el mismo desarrollo, basta señalar las principales á la atención de los hombres de estudio y de los curiosos.

Todo cuanto se relaciona con la vida de los hombres célebres es interesante, y lo que ellos han dicho de sí mismos es más interesante todavía. Con ese título, es preciso mencionar especialmente las cartas de amor que se cambiaron los dos amantes Elizabeth Barrett y Roberto Browning, antes de casarse (*Love Letters of Robert and Elisabeth Barrett*) y las cartas de R. L. Stevenson á su familia y á sus amigos (*The letters of Robert Louis Stevenson to his family and friends*); á la vez que son fragmentos literarios, son también documentos atractivos y preciosos. Esta última publicación se debe á los cuidados de Mr Sidney Colvin, quien seguramente podrá aumentar su cosecha para otra edición. Edmundo Gosse, erudito crítico que es también un poeta, acaba de publicar un hermoso estudio sobre John Donne, de quien los versos merecen ser sacados á luz, así como una olvidada correspondencia de ese poeta, muy interesante para la historia literaria del siglo XVIII (*life and letters of John Donne*). En el mismo orden de trabajos, es de mencionarse la monografía que Mr. Georges Saintsbury acaba de consagrar al gran educador filósofo Matthew Arnold y la *Vida de William Morris*, el poeta socialista, tipógrafo y decorador, vida que Mr. J. W. Mackail cuenta con simpatía conmovedora y penetrante encanto. En una nota más caprichosa, Mr. Austin Dolson publicó con el título de *A Paladin of Philantropy* y otros artículos, uno de esos libros de recuerdos, que son para las generaciones jóvenes, revelaciones verdaderas de una época desaparecida ya y que nadie conoce, ó por lo menos, nadie sabe contar como el autor. El escritor delicado que firma Vernan Lee, titula *Genius loci* la colección de sus impresiones, recibidas en distintos puntos de Italia, Francia y Alemania. Es amanerado y bonito, pero no falto de verdad; ved cómo le aparece Dieppe.

«Blanco y negro, gris, color de pizarra; pero salpicado de rojo y naranjado brillante por los claveles y las flores de los balcones, así como el traje gris y la cenicienta cabellera de una infanta de Velázquez se ven realzados por nudos de cinta escaarlata y por una boquita escaarlata también.»

Menos natural todavía en su afectación de espíritu, de paradoja y de originalidad, es Mr. Beerbohm, tan pronto escritor como dibujante, y siempre humorista de temperamento y de voluntad, en su volumen titulado *More*, que podría traducirse por *Todavía*, sin querer decir con eso que haya en él demasiado. Por lo contrario, en su ensayo sobre la «Decadencia del arte de mentir,» sobre el museo Tussand, sobre lo que haría si fuese edil, sobre la infame brigada de bomberos, iconoclastas de nuevo género que destruyen la belleza grandiosa de los incendios, es muy divertido y tiene mucho buen sentido entre sus deliciosas locuras.

La crítica teatral está representada por la *Historia de la literatura dramática inglesa, hasta la muerte de la reina Ana*, debida á Mr. Adolphus William Ward y por el *Drama de ayer y de hoy* (The Dram of Yesterday and To-Day) de Mr. Clement Scott.

Mencionemos también la *Historia literaria de Irlanda*, por Mr. Douglas Hyde, libro que llega á su hora, cuando la literatura céltica siente subir á lo largo de sus raíces antiguas una savia joven que hace surgir y brotar nuevos frutos, y es de sentirse que no podamos hablar detalladamente de los bellísimos estudios de Federico Harrison (el filósofo comtista bastante conocido) sobre *Tennyson*, *Ruskin*, *Mill* y algunos otros poetas y pensadores. Mr. Stephen Gwynn, ha publicado también un estudio crítico muy notable sobre *Tennyson*; así como también documentos inéditos sobre un pintor inglés de' siglo XVIII, James Northcote (Memorials an Eighteenth Century Painter). Entre las obras de crítica y de arte son de mencionarse *La litografía y los litógrafos*, por Mr. y Mrs Parnell; *Sandro Botticelli*, por Mr. H. P. Home; *Los Pintores miniaturistas de la Gran Bretaña y sus obras*, por Mr. J. J. Foster; *La Historia del Arte Francés*, por Miss Rosa Kingsley; *Los Pintores franceses del siglo XVIII*, por lady Dilke; *Periódicos y cartas pre-raphaelitas* (Pré-Raphaelites Diaries and Letters), publicadas por William Michael Rossetti y un estudio sobre *Wagner*, por Ernesto Newman.

El curioso libro de Andrew Lang, titulado: *Myth, Ritual and Religion*, nos conduce naturalmente á obras de filosofía y de historia. Sir Jorge Trevelyan ha publicado una historia brillante de la *Revolución americana*, y su hijo, á quien no espanta la herencia de un ilustre nombre, Jorge Macaulay Trevelyan, da pruebas de sólida erudición y de real talento de exposición en la *Inglaterra en tiempo de Wycliffe*. La *Historia de Escocia*, de Mr. P. Hume Brown; el *Imperio Británico* (The British Empire) de Sir Charles Dilke; el primer tomo de una *Historia de la India Británica*, por sir William Hunter y una monografía de *Lord Cline* ó cuadro

del «establecimiento de la autoridad británica en la India,» por sir Alexander Arbuthnot, merecerían más que una simple mención. Otro tanto podría decirse de la «Historia de la Unidad Italiana,» por Mr. Bolton King; de la *Italia y sus invasores*, por el Dr. Thomas Hodgkin; de la *Sociedad romana en el último siglo del imperio de Occidente*, por Mr. Samuel Dill, y de algunas obras sobre Francia, como el relato que da Mr. Hereford B. George, de la campaña de Rusia y la biografía de Danton por Mr. A. H. Beesly.

La filosofía histórica y especulativa tampoco ha dejado de producir, como lo atestigua la sabia exposición hecha por el célebre Max Muller de los *seis sistemas de la filosofía hindou*; la *metafísica de la experiencia*, por Mr. Shadworth H. Hodgson; *En Busca de Fe*, por T. Bailey Saunders y la obra póstuma de alto valor de Mr. J. F. Nisbet, titulada: «La Máquina Humana,» de donde tomo este frase profunda y desencantada que es como la suprema profesión de fe de este gran espíritu:

«Los progresos de la ciencia consisten en el descubrimiento de pequeños hechos aislados, acá y acullá, en el orden establecido de las cosas. El registro de esos hechos, es lo que llamamos conocimiento, y es en realidad tan poca cosa, que no vale la pena ocuparse de ello. Estamos de pie frente á un pequeño punto iluminado en medio de lo desconocido; abajo de nosotros, por encima de nosotros y en torno de nosotros, el misterio es impenetrable.»

He dejado para el fin un libro extraño, de irresistible atractivo y que podría llamarse las memorias de un alma. El autor, Mr. John Beattie Crozier, lo titula «Mi vida interior» (*My Inner Life*) y lo da modestamente por un capítulo auto-biográfico sobre la evolución personal. En él, seguimos el desarrollo de su espíritu y la labor de su pensamiento desde su infancia de campesino canadiense hasta que, habiendo obtenido el título de doctor en medicina, sondea y aprecia á todos los filósofos, á todos los sabios, á todos los poetas y á todos los soñadores que han querido y pretendido explicar el mecanismo y el sentido de nuestra vida intelectual y moral. Por fin, entre los últimos, entre los poetas y los soñadores Bacon, Goethe, Emerson, Carlyle, Newman, es entre quienes ha encontrado con qué satisfacer su curiosidad y tener su alma en paz. Nada atrae tanto como ese largo relato, cuya metafísica es el héroe; tiene el movimiento de una relación de viaje y el interés de novela pasional y de aventuras.

Cierro aquí el inventario del año; me habría sido fácil aumentarlo, pero he querido, sin descuidar nada de lo que es verdaderamente característico, permanecer estrictamente en los dominios literarios separando á las medianías y á los no-valores.



EN LA MASCARADA.

POESIA PRONUNCIADA POR SU AUTOR

EN LA VELADA VERIFICADA

EN MEMORIA DEL DR. D. RAFAEL LAVISTA

EN LA CAMARA DE LOS DIPUTADOS EL DIA 4 DE JUNIO DE 1900.

Amor y probidad, ciencia y talento,  
barridos por un soplo inexperado,  
perdiéronse en los términos del viento.

No nos quedó mas que el suspiro alado,  
que resuena en las ondas del ambiente,  
para el noble maestro tan amado.

El dolor recorrió de gente en gente  
todas las gamas fúnebres del duelo  
sin encontrar un alma indiferente.

Cuando el adusto arcángel en su vuelo  
cruzó, con ese espíritu preclaro  
entre los brazos, por el ancho cielo;

al pecho le estrechaba como avaro  
que así cuida y defiende su tesoro,  
y el fulgor estelar se hizo más claro.

Hirió el espacio con su voz de oro  
la Musa de la pálida elegía  
y fué de astros su doliente lloro.

¿No escucháis cómo vibra todavía  
el eco doloroso en torno nuestro  
y el llanto los espíritus rocía?

Puedes dormir en paz, sabio maestro;  
la Muerte te venció, ¿mas cuántas veces  
fuiste tú el vencedor en el siniestro

bregar con ella? . . . Todo lo mereces:  
por tu ciencia, laureles y ovaciones;  
por tu fe singular, cristianas preces.

Tu recuerdo en los buenos corazones  
es un rayo de luz brillante y pura,  
ejemplo de benéficas acciones.

Nunca en la Ciencia morirá la albura  
de tus esfuerzos en la vieja Escuela  
para romper la mística atadura.

Al desplegar al huracán la vela,  
sobre la onda, al comenzar la lucha,  
casi solo te vió tu carabela.

Tu fe era grande, tu esperanza mucha;  
y al fin fuiste entre todos los doctores—  
cuyo aplauso quizás tu alma escucha,—

el bálsamo feliz de los dolores,  
cuando en las lindes negras de la muerte  
deshojabas audaz tus rojas flores.

Eras un alma apasionada y fuerte,  
no te arredró la insuficiencia vana,  
ni la obstrucción pesada por inerte;

tu sangrienta misión era una humana  
misión en las llagadas multitudes,  
y esa será tu gloria de mañana.

Aunque en la senda pavorosa dudes  
de la Ciencia un instante—recogido  
en tí mismo—de pronto las virtudes

que conforman tu espíritu, encendido  
en misterioso fuego, se despiertan  
como á la aurora se despierta el nido.

Haces de nuevo que su linfa viertan  
las aguas de la Ciencia, como en fuente  
que expertas manos del peñón libertan;

y abandonas la límpida corriente  
en libre curso á fecundar el suelo  
donde reposa la real simiente.

Bendita la ansiedad, bendito el celo  
con que la Ciencia del temor desligas  
en tu constante y perdurable anhelo;

al cabo el premio alcanzan tus fatigas  
y la tierra fructífera se cubre  
con el rubio plumón de las espigas....

¡Oh dorado cristal del mes de Octubre!  
en que se acuesta el Sol en lecho rojo  
y está más llena la rotunda ubre;

en que empieza en las sendas el abrojo  
y comienza á huir la golondrina  
espantada al crujido del rastrojo;

en que la escarcha al monte se avecina  
y pasan los collares de las grullas  
desgranados por tímida neblina.

¡Con qué tenaz melancolía arrullas  
el sueño que comienza, ó en el viento  
como un can á las pléyades aullas!

Bien nos anuncias con tu vario acento  
que llegan las ventiscas, y la nieve  
vendrá á borrar la senda en un momento;

que entonces ya no habrá ni huella leve  
que seguir en la marcha fatigosa  
de la existencia fugitiva y breve;

vacío el vaso de la reina rosa  
un punto guardará sólo el perfume  
que hizo soñar de amor á una hermosa....

Todo en la vida muere y se consume,  
todo en la vida pasa y desaparece,  
no hay dolor en la vida que no abrume.

¿Qué águila entonces en el alma mece  
sus alas de ambición y de grandeza,  
qué luz en el espíritu amanece

que hace alzar á los cielos la cabeza  
y marchar vigorosos por la vida  
sobre este erial inmenso de tristeza?....

La fe que te animó cuando en la herida  
buscabas la salud, la fe del sabio  
que no apaga la racha enfurecida;

la fe que era en tu elocuente labio  
verdad, maestro, que escribió la Historia;  
y que hoy recoge, en justo desagravio,  
la Patria, por laurel de tu victoria.

JESÚS E. VALENZUELA.

---

## VERSOS Y ESTRELLAS.

---

—Quiero una estrella!

—Hidalga muchacha! Si me hubieses pedido un  
luis, te hubiera dado el luis y mi indiferencia.  
Puesto que demandas un astro, te doy el astro y  
mi admiración. Elige.

Alzó la mirada hacia el divino joyero de la no-  
che: una azul mirada tan inmensa, que en ella bien  
podía bogar un ensueño. La luna se levantaba en  
toda su melancólica majestad de enferma, como  
una reina que convalece. No la quiso.

—Quieres ese diamante de aguas azules y son-  
rosadas que se llama Sirio? Brilla más que el *Re-  
gente* y el *Korhinoor*. O bien deseas ese rubí san-  
gre de paloma que tiene por nombre Aldebaran? ó  
aquel otro, pálido, que se llama Marte? Te place la

*rivière* de las Pléyades ó habré de aprisionarte un  
bohemio cometa para encauzar tus rizos color de  
cobre? Ah! no te disgusta el aderezo de la *Osa ma-  
yor!*.... Qué digo! más bien querrias prenderte á  
Saturno en el corpiño, á causa de su aro de una  
policromía milagrosa. Y si mucho te apuro vas á  
decirme que prefieres para tu frente la *Lira*... Pe-  
ro qué veo! Te seduce un topacio: *Arthuro* ó *Cape-  
lla*.... Están lejos. No importa.

—He pensado que no me convienen los astros;  
llevar astros! eso brilla demasiado: es *rasta*. Pre-  
fiero....

—Qué!

—Versos.

Y le escribí estas líneas.

AMADO NERVO.

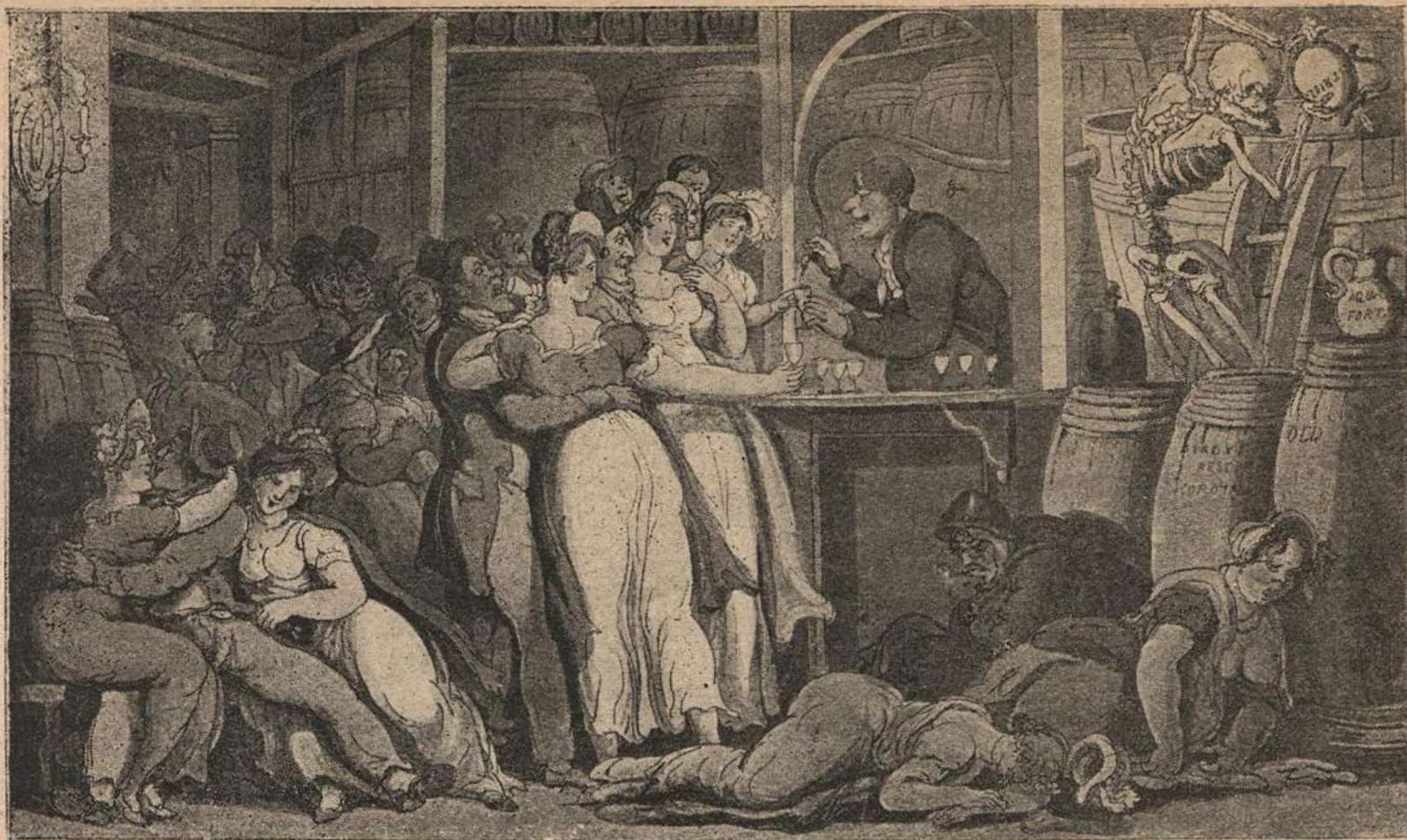


## TUS OJOS.

(PARA DOMITILA).

Abandoné el estudio de un artista,  
 Que en el mármol encarna la belleza,  
 Y me marché á mi alcoba taciturno  
 Con delirios de arte en la cabeza.  
 Llevaba ya tu amor dentro del pecho.  
 El placer del ensueño agitó el ala;  
 Quise emprender el vuelo al infinito  
 Y escancié rico *hatschis* de Bengala.  
 Y comencé á reír, lleno de gozo,  
 Después perplejo me quedé un instante,  
 Luego frío glacial sentí en el cuerpo,  
 Precursor de una fiebre delirante.  
 Estaba en plena dicha. Resurgía  
 El inspirado artista que golpeaba  
 Con su cincel sobre el rebelde mármol  
 Al que vida y amor comunicaba.  
 Volví al estudio y resentí el contraste  
 De toda la blancura que allá había  
 Con las lóbregas noches que envolvieran  
 Mi apasionada y loca fantasía.  
 Pero pasó el dolor. Y ya mi mente  
 Empezó á divagar á sus antojos  
 Y en las órbitas claras de los mármoles  
 Encendí las pupilas de tus ojos.  
 11 de Junio de 1900.

J. BARANDA MacGREGOR.



EN LA TABERNA.

## THE ENGLISH DANCE OF DEATH

Como una curiosidad bibliográfica la *Revista Moderna* publica la carátula y cuatro dibujos distribuidos en el texto del presente número, de la «Dan-

za de la Muerte Inglesa,» libro dado á luz en Londres en 1816, ilustrada por Thomas Rowlandson, edición de R. Ackermann.

## DE LA INFLUENCIA EN LITERATURA.

(CONFERENCIA DADA EN LA LIBRE ESTÉTICA).

Señoras y señores:

Vengo á hacer aquí la apología de la influencia.

Se ha convenido generalmente, en que hay influencias buenas y malas; yo no me encargo de distinguir las, tengo la pretensión de hacer la apología de todas las influencias.

Estimo que hay buenas influencias, que no lo parecen á los ojos del público.

Estimo que una influencia no es buena ó mala de una manera absoluta, sino sencillamente con relación á quien la sufre.

Estimo sobre todo que hay malas naturalezas para quienes todo es desgracia y á quienes todo hace daño.

Otras, por el contrario, á quienes todo alimenta bien, y cambian las piedras en pan.

«Yo devoraba, dice Goethe, *todo* cuando Herder quería enseñarme.»

La apología de la influencia en primer lugar; y después, la apología de la influencia, estos serán los dos puntos de mi plática.

Goethe en sus Memorias, habla con emoción de

ese período de juventud, en que su sensibilidad se había exaltado á tal punto, que paseándose en el campo, un canto, un hálito, el menor rayo de luz, parecían modificarle de una manera real. Y soportaba con delicia la más fugitiva influencia.

Las influencias son manos muertas, y si he recordado ese pasaje de Goethe, es porque quiero hablar de todas las influencias, pues cada una tiene su importancia, comenzando por las más vagas y las más naturales, y dejando para lo último las influencias de los hombres y las de las obras de los hombres; dejándolas para lo último, porque es más difícil hablar de éstas, y contra las que más se intenta ó se pretende refunfuñar.

Como mi pretensión es hacer la apología de estas últimas, quiero preparar esta apología lo mejor que pueda, es decir, lentamente.

No es posible que el hombre pueda substraerse á las influencias; el hombre que se cree más preservado de ellas y más amurallado, las resiente. Las influencias corren el riesgo de ser tanto más fuertes, cuanto son menos numerosas. Si no tenemos

nada que nos distinga del mal tiempo, la menor llovizna nos pone inconsolables.

Es de tal manera imposible imaginar á un hombre completamente escapado á todas las influencias naturales y humanas, que cuando se han presentado héroes, que parecían no deber nada á lo exterior, y de los que no podía explicarse la marcha; hombres cuyas acciones, súbitas é incomprensibles para los profanos, eran tales, que ningún humano parecía determinarlas, se prefería después de su triunfo, creer en la influencia de los astros; tan imposible así es imaginar algo humano que sea completa y profundamente espontáneo.

En general, puede decirse, yo creo que aquellos que tenían la gloriosa reputación de obedecer únicamente á su estrella, eran aquellos sobre quienes las influencias personales y las influencias de elección, obraban más poderosamente que las influencias generales; quiero decir, que aquellas que obran sobre todo un pueblo, por lo menos sobre todos los habitantes de una misma ciudad á la vez.

Así pues, admitimos dos clases de influencias: las influencias comunes y las particulares, aquellas que sufren toda una familia ó todo un grupo de hombres; y aquellas que en la familia, en la ciudad, en el país, uno solo sufre (voluntariamente ó no), consciente é inconscientemente, que se hayan escogido ó que ellas os hayan escogido. Las primeras tienden á reducir al individuo al tipo común; las segundas á oponer al individuo á la comunidad. Taine se ha ocupado casi exclusivamente de las primeras, porque halagaban su determinismo mejor que las otras.

Pero, como nada nuevo puede uno inventar por sí solo, esas influencias que llamo personales, porque separarán de alguna manera á la persona que las sufre, al individuo, de su familia ó de su sociedad, serán también las que le acercarán á tal ó cual desconocido, que las sufre ó las ha sufrido como él, que forma así grupos nuevos y crea como una nueva familia de miembros algunas veces dispersos, teje lazos, funda parentescos, que puede impulsar al mismo pensamiento á tal hombre de Pekín y á mí; y que á través de los tiempos semeja Jammes á Virgilio y á ese poeta chino de quien os leía el jueves último, el encantador, modesto y ridículo poema.

Las influencias *comunes* son forzosamente las más *burdas*; no ha sido por azar, por lo que el vocablo *grosero* es sinónimo de *común*. Me avergonzaría casi de hablar de la influencia del alimento, si Nietzsche, por ejemplo, y paradójicamente quiero creerlo, no pretendiese que la bebida tiene una influencia considerable en las costumbres y en los pensamientos de un pueblo en general; que los alemanes, por ejemplo, al beber cerveza, se prohíben para siempre el pretender á esa ligereza y á ese espíritu sutil que Nietzsche da á los bebedores de vinos.

Pasemos, pues.

Pero, repito, mientras menos grosera es una influencia, obra de mayor y más particular manera. Y ya la influencia del tiempo, la de las estaciones, aun cuando obran sobre grandes multitudes á la

vez, obra sobre ellas de manera más delicada y nerviosa y provoca reacciones muy diversas.

El calor extenua á Fulano y á Mengano lo excita. Keats sólo podía trabajar en el verano y Shelley en el otoño. Diderot decía: «Siento á mi espíritu enloquecido cuando soplan ventarrones.»

Podría citar todavía, citar mucho.

Pero pasemos adelante.

La influencia de un clima deja de ser general, y por eso se hace sensible á quien la sufre como extranjero. Aquí llegamos á las influencias particulares, y á decir verdad, son las únicas que tienen derecho á que nos ocupemos de ellas.

Cuando Goethe al llegar á Roma, exclama: «*Nun bin ich endlich geboren*» (Por fin nació...) Cuando nos dice en su correspondencia que al entrar á Italia le pareció por la vez primera tener conciencia de sí mismo y *existir*... tenemos ¿verdad? motivo para juzgar como una de las más importantes la influencia de un país extranjero.—Es, además, una *influencia de elección*, quiero decir, que con desdichadas excepciones, viajes obligados ó destierro, generalmente se escoge la tierra en que se quiere viajar y escogerla indica que ya está uno un poco influenciado por ella.—En fin, se escoge tal ó cual país, precisamente porque se sabe que se va á ser influenciado por él, porque se espera y se desea tal influencia. Se escogen precisamente los lugares que se creen capaces de influenciarnos más. Cuando Delacroix partió para Marruecos, no fué para hacerse pintor orientalista, sino por la comprensión que debía tener de armonías más vivas, más delicadas y más sutiles, para *tener conciencia* más perfecta de sí mismo, de sus facultades de colorista.

Casi me avergüenza citar las palabras de Lessing tomadas por Goethe en las *afinidades electivas*, frase tan conocida que hace sonreír.

«*Es wandelt nieman unbes traft unter Palmen*» y que mal traducida quiere decir: nadie se pasea impunemente bajo las palmas. Que debe comprenderse en esto, sino que cuando sale uno de su sombra, no se encuentra tal como era antes de salir.

Leí tal libro, y después de leerlo lo cerré y lo coloqué en mi biblioteca; pero en ese libro hay tal ó cual palabra que no puedo olvidar. Llegó á mí tan á fondo que no la distingo ya de mí mismo. Para lo sucesivo ya no seré como si no la hubiera conocido. Que olvide el libro en que leí dicha palabra, que olvide hasta que la haya leído, aun cuando me acuerde de ella sólo de una manera imperfecta, no importa, no podré volver á ser el mismo que era antes de haberla leído. ¿Cómo explicar su poder? Su poder viene de que no ha hecho más que revelarme alguna parte de mí yo, desconocida para mí mismo; sólo ha sido para mí una explicación; sí, una explicación de mí mismo. Ya se ha dicho; las influencias obran por semejanza: se las ha comparado á espejos que nos dejan ver, no lo que somos efectivamente, sino lo que somos de una manera latente.

«Ese hermano interior que no eres todavía,» dice Henri de Regnier.

Yo las compararía más precisamente con ese príncipe de una pieza de Maeterlinck, que acaba de despertar princesas. ¡Cuántas princesas soñolien-

tas llevamos en nosotros, ignoradas, que sólo esperan un contacto, un acorde, una palabra que las despierte!

¿Qué me importa junto á esto todo cuanto aprendo de memoria, y que con grandes esfuerzos llevo á retener? Por instrucción, puedo acumular en mí grandes tesoros, asombrosas riquezas, una forma preciosa como instrumento; pero que permanecerá siendo *diferente* á mí hasta la consumación de los siglos.

El avaro guarda sus monedas de oro en un cofre; pero cerrado el cofre, es como si estuviera vacío.

Nada semejante con ese conocimiento íntimo, que es más bien agradecimiento mezclado de amor, de gratitud verdaderamente y que es como el sentimiento de volver á encontrar algún pariente.

En Roma, cerca de la pequeña y solitaria tumba de Keats, cuando leí sus versos admirables, cuando ingenuamente dejé que su dulce influencia me penetrase, me tocara con ternura, me reconociese y emparentase con mis pensamientos más dudosos é inciertos. En ese punto que enferma, exclama en la *Oda al Ruiseñor*: «¡Oh, quién me diera un sorbo de vino, enfriado largo tiempo en la tierra profunda, del vino que huele á Flora y á la verde campiña, á baile y á cantos provenzales y la alegría que quema el sol!—Oh! quién me dará una copa llena de caliente mediodía?»—Me pareció que de mis propios labios escuchaba brotar esa queja sublime.

Educarse y esparcirse por el mundo, parece que sea verdaderamente encontrar á sus parientes.

Veo bien que hemos llegado al punto sensible y peligroso y de que va á ser más difícil y delicado hablar; no se trata ya de las influencias naturales, sino de las influencias humanas. Cómo explicar, mientras que la influencia nos aparecía hasta hoy, como un medio feliz de enriquecimiento personal; ó por lo menos semejante á la varita de virtud de las hadas, que permitía encontrar abundantes riquezas en sí mismo; cómo explicarnos, pues, que bruscamente se le tenga miedo y se desconfie de ella. La influencia aquí está considerada como cosa nefasta, como enfermedad, como raquitismo, como un atentado contra la propia persona, como crimen de lesa personalidad.

Es que precisamente hoy y aun sin hacer profesión de individualismo, pretendemos tener cada uno nuestra propia *personalidad*, y que tan luego como esa personalidad no está ya robusta, tan luego como nos aparece á nosotros mismos ó á los demás un poco indecisa, titubeando ó débil, el deseo de perderla nos persigue y hasta nos echa á perder nuestras alegrías más reales.

¡El miedo de perder su personalidad!

Hemos podido en nuestro bienaventurado mundo de las letras, conocer y encontrar muchos miedos, el miedo de lo nuevo, el miedo de lo viejo; en estos últimos tiempos el miedo de las lenguas extranjeras, etc.; pero de todos, el más feo, el más necio y el más ridículo, es el miedo de perder su personalidad.

«No quiero leer á Goethe, me decía un joven literato (no temáis, sólo cuando elogio cito nombres

propios). No quiero leer á Goethe porque podría impresionarme.»

Es preciso, no es verdad? haber llegado á un punto de perfección rara, para creer que sólo se puede cambiar en mal.

La personalidad de un escritor, esa personalidad delicada y mimada, la que se tiene miedo de perder, no tanto porque se sabe preciosa, sino porque se la cree sin cesar en peligro de ser perdida, consiste con frecuencia en no haber hecho nunca tal ó cual cosa. Es lo que podría llamarse una personalidad privativa.

Perderla es tener deseos de hacer lo que se había prometido no hacer nunca.

Hace unos diez años, apareció un libro de novelas cortas titulado «*Cuentos sin quién ni qué.*» El autor se había hecho una manera de originalidad, un estilo especial, una personalidad no empleando nunca el *quién* ni el *qué* (como si el *quién* y el *qué* dejasen por eso de existir). Cuántos autores y cuántos artistas no tienen más personalidad que esa, y el día en que consienten en emplear el *quién* y el *qué*, como todo el mundo, se confunden con la masa banal de la humanidad.

Y, sin embargo, hay que confesar que la personalidad de los más grandes hombres está hecha de sus incomprensiones.

Hasta la acentuación misma de sus rasgos exige una limitación violenta. Ningún grande hombre os deja de él una imagen vaga, sino precisa y bien definida. Puede decirse que sus incomprensiones hacen la definición del grande hombre.

Que Voltaire no haya comprendido la Biblia, que estalle de risa al leer Píndaro, ¿no es precisamente eso lo que delinea la figura de Voltaire, como el pintor que al trazar el contorno del rostro, dijera á ese rostro: No irás más adelante!

Que Goethe, el más inteligente de los seres humanos, no haya comprendido á Beethoven; Beethoven, que después de tocar delante de él, el capricho en do sostenido menor (aquel que se acostumbra llamar *Sonata del rayo de luna*), viendo á Goethe permanecer impassible y silencioso, lanzó este grito de suprema desesperación:

—Pero, Maestro, si vos no me decís nada, ¿quién va, pues, á comprenderme?

¿Acaso esto no define á Goethe y á Beethoven?

Dichas incomprensiones se explican, ved cómo: no son ciertamente tontera, tampoco ceguera parcial; son *deslumbramientos*. Así como todo grande amor es exclusivo y la admiración de un amante por su querida le hace insensible á toda belleza diferente. El *amor* que Voltaire tenía por el *sprit* era lo que le hacía ser insensible al lirismo. La adoración de Goethe por la Grecia, por la sonriente ternura de Mozart, era lo que le hacía temer el desencadenamiento apasionado de Beethoven y decir á Mendelsohn, que ejecutaba el principio de la sinfonía en do menor:

«Sólo siento sorpresa.»

Encontraba aquello muy ruidoso.

Quizá pueda decirse que todo gran productor, todo creador, acostumbra proyectar *en el punto que quiere operar*, tal abundancia de luz espiritual,



EN LA BOTICA.

tal haz de rayos, que todo lo demás aparece sombrío en su derredor.

Lo contrario de esto, es el diletante, que todo lo comprende, precisamente porque no ama nada con pasión ni exclusivismo.

Pero cuánto prefiero al diletante que no pudiendo producir ni hablar, toma el encantador partido de estar *atento* y se hace una carrera verdaderamente de saber escuchar, y no á aquellos que sin tener una personalidad fatal, hecha de sombras y de resplandores, intenta crearse una personalidad restringida y combinada privándose de ciertas influencias y poniendo su espíritu á regímenes, como los enfermos de estómago débil, que no pueden sopor- tar más que determinados alimentos.

Hoy carecemos de escuchadores y de escuelas y este es resultado de esa necesidad de originalidad á toda costa.

El miedo de parecerse á los demás, hace que desde luego se busquen rasgos bizarros y únicos, incomprensibles con frecuencia, que aparecen de capital importancia y que cree deberse exagerar á expensas de todo lo demás.

Conozco á uno que no quiere leer á Ibsen, porque «tiene miedo, dice, de comprenderlo demasiado.» Otro se ha prometido no leer nunca á los poetas extranjeros por temor de perder «el sentido puro de su lengua.»

Los que temen las influencias y las evitan, hacen el voto tácito de la pobreza de su alma. Nada nuevo tienen que descubrirse, puesto que no quieren dar la mano á nada de lo que pueda guiarlos á través de los descubrimientos. Y si son tan poco cuidadosos en buscarse parientes, es porque se presienten muy mal emparentados.

Un grande hombre no tiene más preocupación que llegar á ser lo más humano posible, diremos más bien; llegar á ser banal.

Llegar á ser banal Shakespeare; banal Goethe, Molière, Balzac, Tolstoï.... Y cosa admirable, así es como llega á ser personal. Mientras que, el que huye lo humano por sí mismo, sólo llega á ser particular, bizarro, defectuoso....

¿Debo citar las palabras del Evangelio? Sí, pues no quiero desviarlas de su verdadero sentido:

«El que quiera salvar su vida (su vida personal), la perderá; pero el que quiera perderla la salvará, ó para traducir más exactamente el texto griego: *«la hará verdaderamente viva.»*

He ahí por qué los grandes espíritus no temen nunca las influencias; sino por el contrario, las buscan con una especie de avidez de *ser*.

¡Cuántas riquezas no debía sentir en sí, un Goethe, para no haberse rehusado, ó según la frase de Nietzsche, *para no haber dicho no á nada*. Parece que la biografía de Goethe, es la historia de sus influencias: nacionales con Gaëtz; medioevales con Fausto; griegas con las Ifigenias; italianas con el Tasso, etc.; en fin, hacia el fin de su vida todavía, la influencia oriental á través del Divan de Hapiz, que acaba de traducir Hammer, influencia tan poderosa, que con más de 70 años, aprende el persa y escribe también un Divan.

El mismo frenesí de deseo que impulsaba á Goethe hacia la Italia, impulsaba á Dante hacia la Francia. Por eso no encontrando en Italia bastantes influencias, corre á París á someterse á la de nuestra universidad.

Es preciso, sin embargo, convencerse que el miedo de que hablo, es enteramente moderno, último efecto de la anarquía de las letras y de las artes; antes no se conocía ese temor.

En toda una grande época, contentábanse con ser personales, sin intentar serlo, de manera que un admirable fondo común parece unir á los artistas de las grandes épocas y por la reunión de sus figu-

ras involuntariamente diversas, crear una especie de sociedad admirable, tanto por su conjunto, cuanto por cada una de las figuras aisladas que la forman.

Racine ¿se preocupaba por no parecerse á otro?

Su Fedora ¿disminuye de valor porque nació, según se pretende, de una influencia jansenista? El siglo XVII francés, ¿es menos grande por haberlo dominado Descartes? Shakespeare, ¿se ruborizó al poner en escena á los héroes de Plutarco y al arreglar ó rehacer las piezas de sus predecesores ó de sus contemporáneos?

Aconsejé un día á un joven literato, un asunto que me parecía á tal punto á propósito para él, que me admiraba casi que no hubiera pensado antes en utilizarlo.

Ocho días después, lo encuentro desolado.

¿Qué tenía? Inquieto; le pregunté la causa de su desolación.

—Pues bien, me dijo, no quiero hacer á vd. ningún reproche, porque comprendo que el asunto que vd. me aconsejaba es bueno; pero por amor de Dios, querido amigo, no me dé vd. consejos.

Vea, ahora voy por *mí mismo* al asunto de que me habló el otro día. ¿Qué diablos quiere vd. que haga? *usted* fué quien me aconsejó, y nunca podré creer que yo he sido quien encontré tal asunto.

Ah! confieso que estuve algún tiempo sin comprender que el desgraciado creía no ser *personal*.

Cuéntase que Pouchkine dijo un día á Gogol:

—Joven amigo, me vino hace poco un asunto, una idea, que creo admirable; pero siento que yo no podré sacarle partido alguno. Debería vd. aprovecharla, pues creo que haría algo.

Algo, en efecto, pues Gogol escribió las *Almas Muertas* (á lo que debió su gloria) con ese asunto, con ese germen que Pouchkine depositó un día en su espíritu.

Es preciso ir más lejos y decir: las grandes épocas de creación artística, las épocas fecundas han sido las épocas poderosamente influenciadas.

Así, por ejemplo, el período de Augusto, por la literatura griega, el renacimiento inglés, italiano y francés, por la invasión de la antigüedad, etc.

La contemplación de esas grandes épocas, en que, á consecuencia de felices conjeturas, crece, se desarrolla y brilla todo cuanto desde hacía largo tiempo estaba sembrado, germinaba y permanecía en espera de brotar, puede llenarnos hoy de tristeza. En nuestra época que admiro y amo, es bueno buscar de dónde viene esa anarquía reinante, que puede exaltarnos un momento, haciéndonos tomar la fiebre que nos participa, como superabundancia de vida; y es útil comprender que lo que hace en su exuberante diversidad, la unidad, á pesar de todo, de una gran época es que todos los espíritus que la componen vengán á beber en las mismas fuentes.

Hoy no sabemos á cuál ir á beber, creemos que hay muchos manantiales saludables y éste va aquí y aquel va acullá.

Así es que no brota ninguna gran fuente; sino que las aguas surgen por doquiera, sin arranque, apenas murmuran, después permanecen estanca-

das, y el aspecto del suelo literario hoy, es propiamente el de un pantano.

No hay corriente poderosa, no hay canales, no existe ninguna gran influencia general que agrupe y una los espíritus sometiéndolos á cualquiera creencia común, á cualquiera idea dominadora; no más *escuelas*, en una palabra; sino por temor de parecerse, por horror de tener que someterse, por incertidumbre también, por escepticismo, complejidad, una multitud de pequeñas creencias particulares, para el triunfo de bizarros y pequeños fines particulares también.

Así pues, si los grandes espíritus buscan aisladamente las influencias, es porque seguros de sus propias riquezas, llenos de un sentimiento intuitivo, *ingenuo*, de la abundancia inminente de su sér, viven en gozosa espera de nuevas eclosiones.

Lo contrario sucede con aquellos que no tienen grandes recursos, pues éstos parece que temen se verifique en ellos, la frase trágica del Evangelio: «Se dará al que tenga, pero á aquel que no tenga, se le quitará lo poco que posea.» En esto también la vida es implacable para con los débiles. ¿Es esta una razón para huir de las influencias? No; pero si los débiles pierden la poca originalidad á que pueden pretender... señores! tanto mejor. Porque eso permite una Escuela.

Una Escuela está compuesta siempre de algunos espíritus grandes y raros que son los directores, y de toda una serie de otros subordinados, que forman como el terreno neutral en el que esos grandes espíritus pueden elevarse. Reconocemos desde luego una subordinación, una especie de sumisión tácita é inconsciente á algunas grandes ideas, propuestas por algunos grandes espíritus y que espíritus de menor talla, aceptan como *verdades*.

Y si *siguen* á esos grandes espíritus, ¡poco importa! porque esos grandes los conducirán más allá, de donde ellos hubieran podido llegar.

No podemos saber lo que habría sido Jordaens sin Rubens; gracias á Rubens, Jordaens se elevó algunas veces tan alto, que parece que mi ejemplo fué mal escogido y que sea preciso colocar á Jordaens entre los grandes espíritus directores. Y qué sería, ¿si hablase de Van Dyck, que á su vez crea y domina la escuela inglesa?

Otra cosa, con frecuencia una gran idea, no tiene bastante con un sólo grande hombre, para expresarla y exagerarla por completo; un grande hombre no basta; se necesita que varios se ocupen de ella, la empleen, la rehagan y hagan valer su nueva belleza. La grandeza, que parecía desmesurada, de Shakespeare, impidió ver y admirar durante mucho tiempo, pero ya no en la actualidad, la admirable pléyade de dramaturgos que le rodean. La *idea* que exalta la escuela holandesa, ¿está satisfecha con un Terburg, un Metsu, un Pieter de Hooch? No, y mil veces no! se necesitaron todos ellos y muchos otros.

En fin, digamos que si toda una serie de grandes espíritus se sacrifican por exaltar una idea grande, se necesitan otros, que también se sacrifiquen, para exagerarla, comprometerla y destruirla.

No hablo de los que se encarnizan contra ella,



EN EL GARITO.

no, esos generalmente sirven á la idea que combaten y la fortifican con su enemistad.

Pero si quiero hablar de aquellos que creen servir, de esa desgraciada descendencia en que la idea se agota. Y como la humanidad hace y debe hacer un consumo considerable de ideas, se necesita estar agradecido á aquellos que, al agotar todo cuanto una idea tiene de generosidad en sí misma, al convertirla en *idea* de VERDAD y que parecía serlo, la privan de todo su jugo nutritivo y obligan á aquellos que van á buscar una idea, idea que á su turno, parezca verdad.

Benditos sean los Mieris y los Anton Van Dijk, que acabaron de arruinar la moribunda escuela holandesa, para llegar al fin de sus últimas dominaciones.

En literatura, creedme, no serán los *versilibristas*, los Vielê-Griffin y los Verhaeren los que acabarán con el Parnaso, es el Parnaso mismo el que se suprime y se compromete en sus últimos y lamentables representantes.

Digamos aún esto más; los que temen las influencias y las rehusan se sienten castigados por este fenómeno admirable: siempre que se señala á un *pasticheur*, hay que buscarlo entre ellos.

No se paran bien frente á las obras de arte de otro; el temor que tienen les hace detenerse en la superficie de la obra y la saborean apenas con los labios. Lo que buscan en ella, es el secreto comple-

tamente externo (casi creen ellos) de la materia, del oficio, cosa que precisamente sólo existe en relación íntima y profunda con la personalidad del artista y que es el más valioso y menos enajenable de sus bienes. Tienen, para la razón de ser de la obra de arte, una incomprensión total. Parece que creen que puede tomarse la piel de las estatuas, para inflarlas y así darles vida.

El verdadero artista, ávido de profundas influencias, se inclinará hacia la obra de arte, procurando olvidar y penetrar hasta el fondo. Considerará la obra de arte, llevada á cabo, como un descanso, como una frontera; para ir más lejos ó á otra parte, necesitará cambiar de capa. El verdadero artista, buscará tras de la obra al hombre y de él aprenderá.

La imitación franca, nada tiene que ver con el *pastiche*, que siempre es tarea solapada y oculta. Por qué aberración, no nos atrevemos hoy á *imitar*, es asunto muy largo de explicar; además, todos estos puntos se ligan y quien me haya seguido atentamente lo comprenderá con facilidad.

Los grandes artistas nunca han desdeñado imitar.

Miguel Angel imitó desde sus comienzos tan resueltamente á los antiguos, que se divirtió en hacer pasar algunas de sus estatuas (entre otras, un Cupido que duerme), por estatuas encontradas al hacer excavaciones. Otra estatua del amor, fué, según cuentan sus biografías, enterrada por él y después exhumada como mármol griego.

(Concluirá).

ANDRÉ GIDE.